

LA IGLESIA, CUERPO DE CRISTO, ANIMADA POR EL ESPÍRITU DE JESÚS Y VIVIENDO EN EL AMOR

Prof. Francisco Ramírez Fueyo

Aula de Teología
13 de noviembre de 2012

0. PLANTEAMIENTO

El tema que se me sugirió para esta tarde es, ciertamente, un tema relevante. Preguntarse qué es la Iglesia, cómo definir este grupo humano de creyentes en Jesús que llamamos Iglesia, es una cuestión siempre viva. Podemos recordar que en el Vaticano II, cuando se quiso hablar sobre la Iglesia en la Constitución Dogmática *Lumen Gentium* -Luz de las Gentes- se trabajó con dos eclesiologías: una más tradicional, la de la *Iglesia como Cuerpo místico de Cristo*, inspirada en la encíclica de Pío XII, *Mystici corporis Christi* de 1943; y otra que había ido surgiendo en los años previos al Vaticano II, la de la *Iglesia como Pueblo de Dios*.

Iglesia Cuerpo místico de Cristo, expresión sin duda inspirada en San Pablo, es una imagen de la Iglesia algo más vertical, más espiritual. *Iglesia Pueblo de Dios* parece una imagen más horizontal, más histórica, más “pueblo que camina en este mundo en busca de su ciudad futura permanente” (LG 9). La *Lumen Gentium*, tras poner el fundamento de la Iglesia en la Trinidad (el plan de salvación del Padre –LG 2-, la misión del Hijo –LG 3-, y la santificación por el Espíritu –LG 4-) y en el anuncio del evangelio del Reino de Dios (LG 5), recuerda que existen diversas imágenes de Iglesia en la Escritura “tomadas de la vida de los pastores, de la agricultura, de la construcción, incluso de la familia y del matrimonio” (LG 6). En el capítulo siguiente (capítulo II), se dedica íntegramente a la Iglesia como *Pueblo de Dios*, o quizás fuera más correcto hablar de Iglesia como *pueblo mesiánico de Dios* (LG 9). La Iglesia es un pueblo en sentido muy próximo al literal, como agrupación humana unida por características culturales comunes (la fe), aunque el calificativo de *mesiánico* y otros elementos (“desborda los límites de tiempo y lugar”, etc.) indican que es un pueblo no en sentido puramente sociológico o histórico. Pero, repito, la palabra “pueblo” es más que una imagen o una metáfora: es una realidad visible.

No está claro si ocurre lo mismo con la otra expresión: la Iglesia como *cuerpo místico de Cristo*, situada en la *Lumen Gentium* al final del capítulo I (las imágenes de la Iglesia) y antes del capítulo II (Iglesia como pueblo mesiánico de Dios). Aunque se le dedican varios capítulos de no poca relevancia, no alcanza, sin embargo, el papel destacado de la otra visión, la Iglesia como pueblo mesiánico de Dios. ¿Estamos ante una imagen, similar a la de la Iglesia como “labranza” de Dios, o como “edificio” de Dios? ¿Qué hay de realidad y qué de imagen o comparación al hablar de la Iglesia como cuerpo de Cristo? ¿Qué añade el calificativo de *cuerpo místico*? La *Lumen Gentium* parece no haber querido definirse en esta cuestión. La Iglesia como *cuerpo místico* se sitúa tras introducir las diversas imágenes de Iglesia, pero parece tener una entidad distinta incluso en el uso lingüístico: si a la Iglesia “se la llama” *construcción* de Dios, “recibe diversos nombres” como casa, familia, habitación, tienda, templo, Jerusalén de arriba, etc., en cambio, en LG 7 se afirma que “por la comunicación de su Espíritu a sus hermanos [...] Cristo *los constituye* místicamente en un Cuerpo”. Ser *constituida* como cuerpo parece algo más que llamarse “familia” o “templo”.

Esta cuestión no podemos hoy abordarla en su complejidad teológica, ni en las declaraciones magisteriales que fundamente la visión de la Iglesia como cuerpo. Hoy vamos

a volver a san Pablo, en cuyos escritos se fundamenta dicha doctrina: La LG en su capítulo séptimo sobre la Iglesia-Cuerpo místico de Cristo cita sólo escritos paulinos, principalmente 1Cor 12, Col 2 y Ef 4-5. Intentaremos situar a San Pablo, especialmente el capítulo 12 de la Primera Carta a los Corintios, en el contexto cultural, intelectual, filosófico, que pudo llevarle a hablar de la Iglesia como un cuerpo. La pregunta que queremos hacer a sus escritos hoy es doble:

- En primer lugar, ¿qué significaba en S. Pablo la expresión de *Iglesia Cuerpo de Cristo*, de la que habla en la primera carta a los Corintios (caps. 12-14)? ¿En qué sentido, no sólo metafórico, podemos hablar de la Iglesia como cuerpo? ¿Tiene algo que ver con la *Iglesia Pueblo de Dios*, de que habla el Vaticano II junto con la imagen *Iglesia Cuerpo de Cristo*?

- En segundo lugar, ¿qué significa que la Iglesia tenga a Cristo como cabeza? (cartas deuteropaulinas: Efesios y Colosenses). Esta expresión no está en las que llamamos Cartas auténticas de S. Pablo (Rom, 1-2 Cor, Gal, Flp, 1Tes, Flm), sino en las llamadas deuteropaulinas (Ef, Col, 2Tes), concretamente Efesios y Colosenses. La concepción de Cristo como *cabeza* del cuerpo parece transformar la imagen de la Iglesia cuerpo, ¿en qué sentido? ¿Se enriquece la imagen o se empobrece?

Mi propuesta de interpretación va a ser la siguiente: normalmente leemos e interpretamos la imagen de *Iglesia Cuerpo místico de Cristo*, como una **metáfora doble**; por un lado la Iglesia es *Cuerpo de Cristo* y, por otro, este cuerpo, la Iglesia, tiene a Cristo como cabeza, inspirado este binomio en otro: cartas auténticas-cartas deuteropaulinas.

El problema de esta metáfora doble es que, se entiende mejor lo de Cristo como cabeza, pero ¿qué significa que la Iglesia es el *Cuerpo de Cristo*? Es decir, ¿en qué sentido es *Cuerpo de Cristo*?

¿Significa que el Cristo resucitado tiene un cuerpo histórico que es la Iglesia? Es decir, ¿la Iglesia es Cristo en su dimensión histórica, y fuera de esta Iglesia no hay más presencia de Cristo en la historia? Habría, por tanto, una identificación total de la Iglesia con el Cristo resucitado.

Algunos autores han defendido esta tesis; sin embargo, por un lado, es difícil intentar circunscribir la presencia del Cristo Resucitado a los confines históricos de la Iglesia; y por otro, si asociamos o identificamos totalmente a la Iglesia como el Cuerpo de Cristo resucitado, ya estamos resucitados, pero ¿qué pasa con la Iglesia histórica?

San Pablo mismo mantiene siempre una cierta tensión entre la vida actual del cristiano y la vida resucitada que nos espera. Aunque la Carta a los Efesios llega a decir que *nos resucitó y nos sentó con él en el cielo* (Ef 2,6), la Iglesia no está toda ella ya resucitada, y, por lo tanto, no es totalmente partícipe de la gloria del Resucitado.

Entonces, ¿en qué sentido se entiende esta identificación Iglesia-Cuerpo de Cristo?

Hoy les propongo una interpretación no doble, sino triple, en tres pasos:

- **Primero:** La Iglesia es un cuerpo. Hoy les hablaré de cómo se entendía en el mundo antiguo ese cuerpo, que no tiene por qué ser solo un cuerpo físico –el de los animales o el del ser humano-. Un cuerpo, en el mundo antiguo, es una realidad donde una pluralidad se ensambla o armoniza en una unidad, donde muchos (normalmente muchos cuerpos) se hacen uno. De este modo el cosmos es en un sentido no figurado, sino real, un cuerpo, pues se mantiene unido en la diversidad, y todo lo que ocurre en un lugar influye y afecta al resto; para el mundo antiguo, sobre todo para la filosofía estoica, las sociedades, los Estados, son

cuerpos vivos y reales, interrelacionados y, en ese sentido, la Iglesia es un cuerpo porque es y vive como una unidad de muchos cuerpos o individuos. Esto no es una metáfora, sino una realidad. La Iglesia no recibe el nombre de cuerpo, **es un cuerpo**. A esta primera perspectiva corresponderían los dos párrafos iniciales del número séptimo de la *Lumen Gentium*: por el Espíritu, Cristo ha constituido a la Iglesia haciendo de muchos (hermanos de todos los pueblos) un cuerpo en el que se reconoce la presencia y los rasgos de Cristo (*su* cuerpo, *tamquam corpus suum*). Los sacramentos expresan y actualizan esa función del Espíritu de unir al cuerpo.

- **Segundo:** Dado que la Iglesia es un cuerpo en el cual Cristo se hace presente, se la puede **comparar** con el cuerpo de un ser humano. No se trata de que la Iglesia sea el cuerpo **físico** de Cristo: aquí estamos en el campo de la comparación, de la imagen, de la analogía. Es lo que hace Pablo en 1Cor 12,12s:

Pues **del mismo modo que** el cuerpo es uno, aunque tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, no obstante su pluralidad, no forman más que un solo cuerpo, **así también** Cristo. [...] 14 **Así también** el cuerpo no se compone de un solo miembro, sino de muchos. [...] **Así** a nuestras partes deshonestas las vestimos con mayor honestidad. [...] Dios ha formado el cuerpo dando más honor a los miembros que carecían de él...

Esto es lo que hace el párrafo tercero de LG 7: **“como todos los miembros del cuerpo humano, aunque muchos, forman un solo cuerpo, así los miembros en Cristo...”**

- **Tercero:** Si somos un cuerpo, podemos hablar también de Cristo como cabeza de este cuerpo. Como digo, de esto no habla san Pablo, sino probablemente un discípulo, o una comunidad paulina, en las cartas a los Efesios y a los Colosenses. A este tercer paso corresponden los párrafos 4-8 LG 7: “Cristo es la cabeza de este cuerpo... nos unimos a sus sufrimientos como el cuerpo a su cabeza... crezcamos por todos los medios en El, que es nuestra Cabeza ... para renovarnos [...] nos dio su Espíritu, que es el único y el mismo en la Cabeza y en los miembros... [como] el alma ... en el cuerpo humano” ... la Iglesia obedece a su Cabeza”.

1. LA IMAGEN DEL CUERPO EN EL MUNDO CLÁSICO

Hay muchas teorías e hipótesis acerca de las posibles fuentes de la imagen de la *Iglesia como Cuerpo* en San Pablo. Les voy a mencionar varias para que vean hasta qué punto es esto rico y complejo.

Por ejemplo, el judaísmo. En el Antiguo Testamento, en la Biblia, se habla de una identidad corporativa, es decir, se habla del pueblo judío como Israel; el patriarca Israel se convierte así en la figura histórica que engloba a todo el pueblo judío; si se hace un pacto con Israel, éste es la figura histórica que concentra a todo un pueblo. A veces también se habla de Abraham como representante de todo el pueblo judío. O, cuando en Jeremías 31,15 se habla de *Raquel que llora por sus hijos...* no se refiere a la matriarca histórica, sino al pueblo judío o Jerusalén que llora por los hijos que ha perdido en el exilio o en la destrucción. Las especulaciones de la literatura judía y rabínica sobre el Adán primitivo, o sobre el cuerpo de Adán y Eva, se han puesto en relación también con este tema (véase el artículo de Carlos Gil Arbiol citado en la bibliografía).

Hay quien dice que la imagen de Pablo, *Iglesia cuerpo de Cristo* proviene de un mito gnóstico de un ser humano cósmico y primero (*Urmensch*) que resultó fragmentado al ser arrojado al mundo terrestre. Otra posibilidad es que el origen se pueda situar en lo que

Pablo experimentó en el camino de Damasco cuando se le apareció Cristo Resucitado y se le reveló el misterio de una existencia corporal nueva, un cuerpo resucitado que no tiene límites. Incluso hay quien defiende que la imagen le surgió a San Pablo al ver los exvotos, es decir, las reproducciones de arcilla de partes corporales enfermas, que la gente dejaba en Corinto en el templo de Asclepio, dios de la medicina. No faltan otras hipótesis aún menos convincentes que esta última.

Lo que yo intentaré defender hoy es que, sin excluir otras posibilidades, en Pablo hay una clara influencia de la literatura estoica y del mundo filosófico del estoicismo, además, también, de la retórica grecorromana.

En la retórica clásica son muy frecuentes los llamados discursos de concordia -en griego *homonoia*- en los que se invitaba a las ciudades a vivir reconciliados, en paz con los vecinos, y en los que se utilizaba, muy frecuentemente, la imagen del cuerpo, como símbolo de unidad, de concordia, de paz. Son muy conocidos, por ejemplo, el discurso de Antifonte de Atenas, *peri homonoias* -“Sobre la concordia”- o el aún más famoso “Panegírico” de Isócrates (380 a.C.), pronunciado tras el pacto de Esparta con los Persas, y en el que llama a la unión de todos los griegos contra Persia:

Si viniera alguien de fuera y contemplase la situación actual, condenaría la gran locura de nuestros dos pueblos [Atenas y Esparta] cuando [...] arrasamos nuestra propia tierra, despreocupándonos de sacar provecho del Asia. Al Gran Rey [el Rey Persa], en cambio, nada le conviene más que examinar cuáles son los hechos por los que nunca dejaremos de combatir entre nosotros. [...]

Cuanto más pobres de espíritu sean quienes nos gobiernan, tanto más necesitamos examinar los demás con la mayor energía de qué forma haremos cesar la enemistad actual. Pues ahora, en vano hacemos tratados de paz: porque no hacemos cesar las guerras, sino que las aplazamos, y aguardamos la ocasión en que podamos causarnos algún mal irreparable. Es preciso que, tras deshacernos de estas intrigas, emprendamos aquellas acciones con las que habitaremos las ciudades con mayor seguridad, y tendremos más confianza entre nosotros mismos. [...] no será posible que guardemos una paz estable a no ser que hagamos la guerra en común contra los bárbaros, ni que los griegos estén acordes, antes que obtengamos ayuda de nosotros mismos y arrostramos peligros contra unos mismos enemigos. Cuando esto ocurra, y desaparezca la dificultad de nuestra vida que rompe las amistades, conduce a los parientes al odio y empuja a todos los hombres a revueltas y guerras, será imposible que no estemos de acuerdo y tengamos una auténtica buena disposición entre nosotros...

Leo un párrafo (el noveno) del Discurso número 41 de Dión de Prusa (llamado también Dión Crisóstomo), en el que se dirige a los habitantes de Apamea para hablarles sobre la necesidad de la concordia y del daño que hace la discordia. Aquí hallamos la comparación de la discordia en una sociedad con la enfermedad en los cuerpos humanos:

Ya sé que es difícil arrancar la discordia de los hombres, mucho más si se la ha fomentado durante largo tiempo; lo mismo que una enfermedad, enraizada desde mucho antes, no puede arrojarse del cuerpo y mucho menos si se la quiere curar sin dolor. Cuanto más tiempo ha estado una enfermedad en un cuerpo humano, más difícil es curarlo.

Es una comparación muy elemental, y en ella vemos cómo una ciudad o una sociedad humana puede ser comparada con un cuerpo. Del mismo modo que, cuanto más tiempo ha

estado un cuerpo enfermo, más difícil es curarlo, cuanto más tiempo ha vivido una ciudad en discordia, más difícil es reconciliar a quienes han vivido enfrentados, entre ellos o con otras ciudades. No cabe duda de que estas palabras siguen siendo válidas en las sociedades actuales y en nuestro país.

El mismo Dión de Prusa en su discurso 38, sobre la concordia con los habitantes de Nicea, desarrolla más esta comparación de la discordia con la enfermedad, y se propone a sí mismo como el médico que con su discurso ofrece la cura. Les dice a los habitantes de Nicomedia que

vosotros debéis vivir en concordia con los nicenos [...] el remedio que ofrezco a las ciudades [como el médico al enfermo] es el más agradable [...] pues la concordia es amistad, reconciliación, familiaridad, y su concepto comprende todas estas cosas [...] Por ella se salvan todas las cosas de importancia, como todas se destruyen por lo contrario. [...] Si alguien preguntara a algún hombre, o a muchos a la vez, acerca de los nombres de esos males y en qué categoría están colocados, nadie vacilaría en responder que son las guerras, las revoluciones, las enfermedades y otras cosas por el estilo; y que estas cosas no sólo están incluidas entre los males, sino que lo son realmente [...] En cuanto a sus contrarios, la paz, la concordia y la salud [...]

Pasa como en una nave, todos los pasajeros saben que la única salvación está en que los marinos sean del mismo parecer y obedezcan al timonel [...]

Igualmente, cuando la salvación de las casas depende de la armonía de los amos y de la obediencia de los criados, a muchas las ha perdido la disensión de su dueños y la mala servidumbre. Pues ¿qué salvación le queda al carro si los caballos no quieren correr a la par? Porque cuando empiezan a separarse y tiran cada uno por un lado, es de absoluta necesidad que corra peligro el cochero. ¿Qué otra cosa es el buen matrimonio sino la concordia entre el marido y la esposa? Y el matrimonio malo ¿qué otra cosa puede ser sino la disensión entre ellos ¿Qué provecho aportan los hijos a sus padres cuando, llevados de la insensatez, se rebelan contra ellos? ¿Qué es la fraternidad sino la concordia entre hermanos? ¿Y qué la amistad, sino la concordia entre amigos?

La comparación de una sociedad con el cuerpo se desarrolla mucho más en otra fábula, la narrada por Menenio Agripa, que se nos cuenta en Tito Livio o en Dionisio de Halicarnaso, según la cual, en la época de la República Romana se amotinó el pueblo porque, según decían, los miembros del Senado de Roma no trabajaban, no hacían nada y solo vivían del trabajo de otros... Hubo una especie de revuelta popular contra los políticos –algo, como ven, actual también- y entonces el Senado de Roma envió a un cónsul llamado Menenio Agripa, quien dirigió un discurso al pueblo para intentar aplacarlo. Tal como lo cuenta Tito Livio dice así:

«Se acordó, pues, enviar a la plebe como portavoz a Menenio Agripa, hombre elocuente y querido por el pueblo por sus orígenes plebeyos. Introducido en el campamento, en un estilo oratorio primitivo y sin adornos se limitó a contar, según dicen, este apólogo:

“En el tiempo en que, en el cuerpo humano, no marchaban todas su partes formando una unidad armónica como ahora, sino que cada miembro tenía sus propias ideas y su propio lenguaje, todas las partes restantes se indignaron de tener que proveer de todo al estómago a costa de sus propios cuidados, su esfuerzo y su función, mientras que el estómago, tan tranquilo allí en medio, no tenía otra cosa que hacer más que disfrutar de

los placeres que se le proporcionaban; entonces se confabularon, de forma que la mano no llevase los alimentos a la boca, la boca los rechazase y los dientes no los masticasen. En su resentimiento, al pretender dominar al estómago por el hambre, los propios miembros y el cuerpo entero cayeron en un estado de extrema postración. Entonces comprendieron que tampoco la función del vientre era tan ociosa, que era alimentado tanto como él alimentaba, remitiendo a todas las partes del cuerpo esta sangre que nos da la vida y la fuerza, repartida por igual entre todas las venas después de elaborarla al digerir los alimentos”.

Estableciendo, entonces, un paralelismo entre la rebelión interna del cuerpo y la reacción airada de la plebe en contra del senado, les hizo cambiar de actitud.»

La fábula quiere decir que el estómago también trabaja porque su oficio es digerir lo que le meten dentro y, de ese modo, alimenta al resto del cuerpo. Es una fábula muy conocida para defender el *statu quo*, que las cosas están bien como están y, sobre todo, para defender el papel del Senado, de los políticos en este caso, que también tienen su función, aunque ésta no sea evidente.

El resultado de la intermediación de Menenio Agripa fue exitoso, la gente se calmó y dejaron al Estado seguir en paz. Esta imagen corporal es frecuente en ese tipo de discursos.

Es muy conocido también el escrito *De clementia* –“Sobre la clemencia”-, de Séneca. En él compara la relación del Emperador Nerón con el pueblo de Roma y propone que *Nerón* es como el **alma** de Roma:

*Así como todo **el cuerpo sirve al alma** y, aunque el cuerpo sea mucho mayor y más hermoso y el alma más sutil, imperceptible y oculta en sitio desconocido, las manos, los pies y los ojos están a su servicio, y la piel la defiende, y por orden suya descansamos o corremos inquietos; si ella lo manda, escudriñamos los mares en busca de ganancias, cuando es un señor avaro; o si es ambicioso, ponemos la mano derecha en el fuego o voluntariamente nos precipitamos en una sima; así también **esta inmensa muchedumbre, agrupada en torno de la vida de uno, se rige por el espíritu de éste y se doblega a su razón**, mientras que sucumbiría o se quebrantaría con solas sus propias fuerza, si no la sostuviera la prudencia de aquél.*

*IV. Están, pues, **salvando su propia vida**, cuando por un hombre van diez legiones al combate y corren a las primeras líneas y oponen sus pechos a las heridas para que no caigan las banderas de su soberano. **Porque éste es el vínculo por el que permanece unida la República, el aliento vital que respiran tantos miles**, que no serían los mismos más que carga y botín, si se les sustrajera **la mente que los gobierna**.*

Salvo el rey, todos tienen una mente; muerto, rompen los pactos. (Virgilio Geórgicas,IV,212)

*Esta **calamidad sería la destrucción de la paz romana**, convertiría en ruinas la fortuna de un gran pueblo; estará lejos de este peligro ese pueblo tanto tiempo cuando sepa llevar los frenos, pero si alguna vez los rompe o por algún azar se relajan, no consentirá que se los vuelvan a poner; **esta unidad y esta ensambladura de tan gran imperio saltaría en mil pedazos y esta unidad dejaría de dominar tan***

*pronto como dejara de obedecer. Por eso no es de maravillar que **los príncipes y los reyes y los que con cualquier nombre son defensores del Estado sean amados más que se ama a los amigos privados**, pues si para los hombres cuerdos los intereses públicos están sobre los privados; es lógico que sea también más querido aquel en quien se ha transformado la República. Porque **ya desde muy antiguo se identificó tanto el César con la República que no pueden separarse el uno de la otra sin que ambos perezcan; porque el César tiene necesidad de fuerza, y la República de cabeza.***

*V. Tal vez parezca que mi razonamiento se ha alejado mucho de lo propuesto, pero, a fe mía, está apretando la misma cosa. Pues sí, como hasta ahora se colige, **tú eres el alma de tu República y ésta es tu cuerpo**, ves, según pienso, cuán necesaria es la clemencia: porque **te perdonas a ti mismo cuando parece que perdonas a otro**. Se ha de perdonar, pues, aun a los **ciudadanos culpables**, como si fueran **miembros enfermos**, y si alguna vez es necesario derramar sangre, ha de contenerse la mano para que no hiera más de lo necesario. Como decía, pues, conviene la clemencia a todos los hombres según la naturaleza, pero principalmente a los que mandan, tanto más por cuanto en ellos tienen más que guardar y mayor campo en que se manifieste. ¡Cuán poco, en efecto, daña la crueldad privada! **La crueldad de los príncipes es la guerra**. Aunque haya concordia entre las virtudes y ninguna sea mejor o más honrada que la otra, hay algunas, sin embargo, que convienen más a determinadas personas. Conviene la magnanimidad a cualquier mortal, hasta a aquel de-bajo del cual no hay nadie: porque ¿qué mayor o más fuerte que vencer el infortunio? Y, sin embargo, esta magnanimidad tiene más amplio lugar en la buena fortuna y se ve mejor en lo alto de un tribunal que en la llanura.*

Es decir, el pueblo de Roma es un cuerpo cuya alma es Nerón (y también su cabeza, su espíritu que lo une, su mente que lo gobierna), y la función de esta alma es la de garantizar la unidad, el bien máspreciado que asegura el bienestar (hegemonía, poder, prosperidad) del resto del cuerpo, identificado con el Imperio Romano. Es muy interesante porque Séneca utiliza este discurso y esta comparación para animar a Nerón a ser clemente con su pueblo, no infligirle ningún daño, ya que, al ser clemente y piadoso con sus súbditos, especialmente con los enfermos (es decir, los culpables de delitos) lo es también con su propio cuerpo, porque uno tiene que tratar bien a su cuerpo.

La metáfora o la comparación de una sociedad humana con un cuerpo animal puede desarrollarse de muchos modos. La fábula de Menenio Agripa resalta la diversidad y el papel preponderante de un miembro (el estómago) respecto de otros. La comparación de Séneca en *Sobre la Clemencia* menciona muy de pasada a las manos, los ojos, la piel, pero prácticamente se fija sólo en el papel decisivo del alma, o de la cabeza, en el cuerpo, en un esquema más bien dualista (cuerpo / cabeza o cuerpo / alma). La metáfora, como hemos visto en Dión de Prusa, puede llevarse hacia la vertiente del cuerpo sano o enfermo (concordia / discordia).

La comparación puede dirigirse, como hará San Pablo, hacia la cuestión de la unidad en la diversidad, y la diversidad en la unidad. Así, por ejemplo, Plutarco realiza un encomio de la unidad entre los hermanos realizando una extensa comparación con el cuerpo humano, en el cual, especialmente gracias a los miembros pares, la naturaleza nos enseña que hemos sido creados para cooperar (sinergia) en el bien común:

[478C] Pero veo que entre nosotros el amor fraterno es tan escaso como el odio fraterno entre los antiguos [...] Pues ahora todos los seres humanos, cuando les toca en suerte buenos hermanos, se sorprenden no menos que de aquellos hermanos Molionidas, que parece habían nacido unidos en el cuerpo. Y así, disfrutar en común de los bienes paternos, de los amigos y de los esclavos es considerado tan increíble y portentoso como un alma que compartiera las manos, pies y ojos de dos cuerpos.

[478C] La naturaleza no ha puesto lejos el modelo (paradigma) de la relación fraterna, sino que, creando laboriosamente en un mismo cuerpo a la mayoría de los órganos necesarios (manos, pies, ojos, orejas, orificios nasales) por pares, como hermanos y duplicados, nos ha enseñado que los dividió así para el beneficio (*sotería*: salud, salvación, bienestar) recíproco y la colaboración solidaria, no para la discordia y la guerra [...] [478E] La naturaleza formó de una sola semilla y de un solo principio dos, tres o más hermanos no para que estuvieran en desacuerdo y pelea entre ellos, sino para que, estando separados, se ayuden mejor unos a otros (sinergia). Pues los que tuvieran tres cuerpos o cien manos, si esto fuera posible, estando unidos todos los miembros, nada podrían hacer fuera de ellos o separados. [478F] Igualmente los hermanos: pueden tanto vivir juntos o viajar juntos, ejercer cargos ciudadanos o trabajar el campo gracias al otro, siempre que guarden el principio de benevolencia y concordia que la naturaleza les ha dado. Y si no, según mi opinión, en nada se diferencian de los pies que viajan separándose uno del otro, o los dedos que se superponen y se contraen antinaturalmente. [479A] Efectivamente, así como las cosas húmedas y secas, frías y calientes, participan de una naturaleza y alimento en el mismo cuerpo, y por su consentimiento y acuerdo engendra el más excelente y agradable temperamento y armonía, sin el cual dicen que no existe placer ni beneficio, [...] igualmente si la arrogancia y la discordia surge entre ellos, arruinan penosamente y dispersan al ser vivo. Así que donde hay un acuerdo unánime entre los hermanos, la familia y la casa tiene salud y florece, y los amigos y personas cercanas, como un coro bien acordado, nada hacen ni dicen ni piensan (*fronéo*) unos contra otros. (Plutarco (46-120 d.C.), *Peri Filadelfias*, 478C-479A).

[Nota: comparen este texto de Plutarco, un poco más joven que San Pablo, con el modo como éste último habla de los desacuerdos entre los miembros del cuerpo en 1Cor 12,21 (*Y no puede el ojo decir a la mano: «¡No te necesito!» Ni la cabeza a los pies: «¡No os necesito!»*), o sobre la unión de ánimos de San Pablo, empleando el mismo verbo que Plutarco empleaba al final del texto anterior, el verbo *froneo*, que, más que sentimientos, debe entenderse como valores, propósitos, conciencia, sentir o pensar lo mismo; dos veces lo repite Pablo en el mismo versículo de Flp 2,2: *que colméis mi alegría, siendo todos de la misma conciencia (to auto fronete), con un mismo amor, un mismo espíritu, considerando lo mismo (to hen fronuntes)*, y vuelve a emplearlo en el versículo 5 (*tened pues este sentir*) como encabezamiento del “himno” de Filipenses (y nada menos que en otras cinco ocasiones en la misma carta: 1,7; 3,15.19; 4,2.10).]

Es lo que hace el mismo Dión en el discurso 39, números 5 y 6, también sobre la concordia y sobre la paz, esta vez a los habitantes de Nicea (datado hacia el 97-98 d.C.). Dice así:

*¡Cómo me alegro ahora al ver que tenéis una **misma actitud**, que habláis **un mismo lenguaje** y abrigáis las **mismas aspiraciones**!*

[Nota: fíjense en el lenguaje tan similar que Pablo emplea en 1Cor 1,10, también con una triple recomendación: os conjuro, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, a que tengáis todos un **mismo hablar**, y no haya entre vosotros divisiones; antes bien, estéis unidos en una **misma mentalidad** y un **mismo juicio**.]

[Sigue el discurso de Dión:] *Pues ¿qué espectáculo hay más hermoso que una ciudad en buena armonía? ¿Qué fama más digna de respeto? ¿Qué ciudad delibera mejor que la que delibera unida? ¿Cual actúa con más comodidad que la que actúa en armonía? ¿Cuál se equivoca menos que la que toma las mismas decisiones? ¿Para quiénes resultan más agradables las ventajas que para los que son de la **misma opinión**? ¿Para quiénes son más ligeras las pesadumbres que para los que las **llevan en común, como si se tratara de un [único] peso**?*

[Nota: véase lo que Pablo recomienda al final de la Carta a los Gálatas 6,2: Hermanos [...] Ayudaos mutuamente a llevar vuestras cargas y cumplid así la ley de Cristo.]

[Sigue el discurso de Dión:] [...] *¿Qué clase de edificaciones, qué tamaño de territorio, qué cantidad de hombres hace a un pueblo más fuerte que la concordia interior? No hay nada que haga a un pueblo más fuerte que la paz. Todos los ciudadanos de una ciudad que vive en la concordia son otros tantos **ojos** para ver lo que conviene a la ciudad, otros tantos **oídos** para oír, otras tantas **lenguas** para aconsejar, otras tantas **mentes** para pensar. Es como si un dios hubiera hecho **una sola alma de una ciudad** tan grande y populosa. De forma que, ni la abundancia de riquezas, ni la de hombres, ni cualquier otra fuerza aprovecha a los que andan en disensiones; por el contrario, todas estas ventajas son motivo de un daño tanto mayor y tanto más molesto cuanto más abundantes son.*

Es decir, cuando hay paz todo contribuye al bien de esa ciudad, todos somos ojos, oídos, manos, mentes para ayudar a que esta ciudad progrese; al contrario, cuanto más ricos somos, pero si no hay paz, estamos peor. Si somos ricos y hay paz, bien porque se construye. Si somos ricos pero no hay paz, sino discordia, entonces la riqueza deviene en destrucción y en enfrentamiento. Lo interesante es que Dión de Prusa habla de los habitantes de la ciudad como una sola alma, como un todo en el cual todos contribuyen al bien, como una multitud de miembros (ojos, oídos, lenguas) que procuran unidos el bien común.

Es una forma típica de comparación que vamos a encontrar en San Pablo, porque él habla de la Iglesia como un cuerpo donde todos los miembros diversos contribuyen al bien del mismo.

2. LA IMAGEN DEL CUERPO CÓSMICO EN EL ESTOICISMO

Creo yo que este punto es importante para entender a Pablo porque éste es el punto de comparación a partir del cual él va a argumentar, al menos implícitamente.

En el mundo antiguo se entiende que el cosmos es un cuerpo; es decir vivimos en un mundo que está organizado y unido, en el cual cada parte de la naturaleza, cada elemento

del cielo o de la tierra, cada árbol, cada ser vivo, existe gracias al conjunto, existe en relación con el todo. Los estoicos Cleantes y Cicerón compararán al cosmos con un cuerpo humano: del mismo modo que en este último los miembros van desarrollándose en el feto cada uno en su momento preciso, así las partes del cosmos van apareciendo y desarrollándose en el tiempo adecuado para el conjunto.

Todo cuanto ves, en lo que están confinadas tanto las cosas divinas como las humanas, son una sola cosa: somos miembros de un gran cuerpo [omne hoc quod vides, quo divina atque humana conclusa sunt, unum est: membra sumus corporis magni]. La naturaleza nos hizo vinculados unos a otros, pues nos creó de la misma fuente y para el mismo fin. Puso en nosotros un afecto mutuo, y dispuestos a la amistad [...] Deja que este poema esté en tu corazón y en tus labios:

Soy un ser humano, y nada de lo humano considero ajeno a mi [...]
(Séneca, Ep. 95,51-53).

A lo que realiza la unidad en este cosmos, los estoicos lo llaman el espíritu –*pneuma*-; es un lenguaje enormemente similar al de Pablo. Miembros distintos pueden agruparse como se reúnen un rebaño de cabras o una flota, pueden juntarse como se juntan las piedras de una casa o los tablones de un barco, o pueden unirse de tal modo que forman un nuevo cuerpo. Esta última es la concepción de cuerpo eclesial que tendrá san Pablo. Para los estoicos, el espíritu es esa fuerza capaz de unificar, de reunir a la diversidad en un solo cuerpo. El espíritu es aquello que enlaza a unos seres con otros y hace que todo esté organizado y que contribuya al bien. Si existe un espíritu, existe un cuerpo; si hay un espíritu, entonces existe un cuerpo.

Un poeta estoico de comienzos del siglo I d.C., Manilio, contemporáneo de Jesús y de San Pablo, escribió en su *Astronomicum* (1,247-254):

Esta fábrica que forma el cuerpo (corpore) del universo independiente, junto con sus miembros (membra) compuestos de los diversos elementos de la naturaleza, aires y fuego, tierra y mar, está gobernada por la fuerza del espíritu divino (animae divinae); por el don sagrado la divinidad lleva armonía y gobierna con propósito oculto, disponiendo lazos mutuos entre todas las partes, de modo que cada una pueda dar y recibir de la otra fuerza y así el todo se mantenga firme en la comunión a pesar de la variedad de sus formas

El espíritu no sólo mantiene unidos los cuerpos, sino que da a cada uno su cariz particular. Lo que unifica al hierro es su dureza; a la piedra, su solidez; al oro, su brillo y ductilidad, etc. Precisamente el espíritu que da a cada cuerpo su unidad característica, es lo que permite que estos cuerpos se unan a otros, se combinen en una unidad mayor. Lo que hace característico a cada cuerpo es lo que enriquece y mantiene unido al cuerpo mayor del que forman parte, y eso es obra del mismo espíritu, del mismo principio de cohesión que tiene su origen en la divinidad (entendida más o menos panteísticamente, o más o menos personalmente, sobre esto el estoicismo ofrece versiones muy variadas). La fuerza de unos y la inteligencia de otros crean un estado unido y próspero, las aleaciones de metales diversos crean una unidad más poderosa que las partes separadas (bronce...), etc.

En tercer lugar, existe en el cosmos lo que los estoicos llamaban la *sympazeia*–*sympazeia*–; es lo que hace que yo sienta como mío lo que le pasa a otro; dado que el espíritu me une a otros seres, el mismo espíritu hace que, lo que a otro le pasa, a mí me pase como propio. *Sympazeia* significa “padecer con”; el espíritu produce ese compadecerse unos con otros, esa unificación afectiva, incluso física, que se realiza entre los cuerpos.

En último lugar, dicen los estoicos, en este mundo existe una *nous*, una mente, es decir un dios que pone orden en el cosmos, que pone lógica, que pone sentido en todo lo que ocurre, que crea armonía, que ha organizado (*Demiourgo*) este cosmos en que vivimos: está organizado y en un equilibrio fundamental, en una armonía cuyo mantenimiento será la ley fundamental de todo lo viviente.

Famosísimo, por ejemplo, es el himno a Zeus del estoico Cleantes:

Gloriosísimo entre los inmortales, de muchos nombres,
siempre todopoderoso Zeus, **conductor de la naturaleza,**
gobernando con ley todas las cosas, salud:
es justo que a ti cualquier mortal te invoque.
En efecto, de ti nacimos, habiéndonos asignado ser imágenes de dios, únicos,
en todo lo que vive y se arrastra sobre la tierra;
por eso te cantaré constantemente y tu poder siempre alabaré.
Ciertamente a ti, **todo este orden, girando en torno a la tierra, te obedece,**
de la manera que rijas,
y voluntariamente es dominado por ti;
así tienes, útil, en tus invencibles manos,
el ardiente y siempre viviente rayo de doble filo;
pues por su golpe todas las obras de la naturaleza han sucedido;
con él, tú rectificas la **razón común**
[...] Ninguna obra surge sobre el suelo sin ti, dios,
ni en la etérea bóveda divina, ni en el mar,
excepto todas las cosas que ejecutan los malvados por sus insensateces.
Pero **tú sabes hacer proporcionado lo excesivo**
y ordenar lo desordenado, y lo no querido, para ti es querido.
Pues de esta manera **has ajustado todas las cosas en una sola,**
lo bueno con lo malo,
de manera que la razón de todo resulta ser siempre **una sola;**
[...] Pero Zeus, generoso, que cubres el cielo de nubes negras,
el de rayo fúlgido,
ampara a los hombres de la deplorable inexperiencia,
a la cual, tú, padre, dispersa,
y concede que obtengamos juicio,
en el cual confiado tú gobiernas todo con justicia,
para que, habiéndote honrado, seamos recompensados con honra,
cantando tus obras perpetuamente como conviene que el mortal esté,
puesto que ningún otro don para los mortales hay más grande ni para los dioses,
que cantar siempre en justicia la **ley común.**

La divinidad, según Cleantes, unifica todo lo existente en un sólo cuerpo, llevando todo, bueno y malo, hacia un fin único, restaurando constantemente la armonía y la unidad. Esa es la razón común (*koinón lógon*) o ley común (*koinón nómon*), la ley fundamental del universo:

la de la armonía, el equilibrio universal que debe mantenerse o buscarse en toda actuación humana.

Estos términos, la *nous*, el *pneuma*, incluso la *sympazeia* –compasión, simpatía- [aunque Pablo no emplee exactamente este último término, sino los verbos *sympasjo* (Rom 8,17; 1Cor 12,26; véase Heb que emplea otro verbo similar, *sympazeo*, Heb 4,15; 10,34; y 1Pe 3,8 el adjetivo *sympazés* –compasivo-)] son los que utilizará luego para hablar de la Iglesia. Por ejemplo, en 2Cor 11,29 (véase también 2Cor 4,8-12), hablando de su ministerio apostólico dirá:

¿Quién sufre sin que yo sufra? ¿Quién padece hambre sin que yo padezca hambre? Yo como apóstol padezco lo que otros padecen porque, al ser miembro de este cuerpo todo lo que a otro le ocurre me ocurre a mí también.

Pablo utiliza esta misma idea de la simpatía, del padecer con, pues al ser un cuerpo siento como propio lo que otros sienten también:

1Cor 12,26: Si sufre un miembro, todos los demás sufren (sympasjo) con él. Si un miembro es honrado, todos los demás toman parte en su gozo.

3. LA ÉTICA ESTOICA SE FUNDAMENTA EN LA UNIDAD DEL COSMOS-CUERPO

Lo anterior tiene una consecuencia fundamental en la ética estoica que también Pablo va a compartir en su estructura profunda; es lo siguiente.

¿Cómo enseñar el camino de la virtud a una persona? Dicen los estoicos que lo más importante no es decirle a una persona lo que tiene que hacer; lo más importante es decirle a la persona lo que es. Hay que comenzar por formar a la persona, hacerla consciente de que es miembro de este cosmos organizado donde lo que ella hace tiene repercusiones en los demás, y donde lo que los demás hacen tiene repercusiones en ella. Si la persona crece en esta sabiduría, en este conocimiento, en este *logos* –dicen los estoicos- a partir de ahí puedes luego darle instrucciones concretas de cómo hay que actuar:

*Pero Dios ha situado al ser humano en el mundo como espectador suyo (de Dios) y de sus obras, y no sólo como espectador, también como intérprete. Por ello es vergonzoso para un hombre empezar y acabar del mismo modo que los animales; más bien debería comenzar donde los animales, pero acabar donde nuestra naturaleza ha dispuesto que acabemos. Y ella no ha logrado su fin hasta que **alcanza la contemplación y el conocimiento de un modo de vida acorde con la naturaleza** (Epicteto (55-135 d.C.) Pláticas, Libro I, capítulo 6, 19).*

*Escipión: [...] bien que estas cosas hayan sido establecidas por los jefes de los estados para el beneficio de la sociedad, que se considera que existe **un único rey en el cielo** [rex putaretur unus esse in caelo], con cuyo cetro, como dice Homero, todo el Olimpo tiembla, el cual es rey padre de todas las cosas; una gran autoridad y numerosos testigos, si prefieres llamar “numerosos” a “todos”, que dan fe de que todas las naciones han reconocido [...] que nada es mejor que un sólo rey, puesto que piensan que todos los dioses son gobernados por el poder divino de un soberano [...] Los maestros más*

eruditos de todos los hombres [...] habiendo estudiado minuciosamente la naturaleza [natura omnium rerum pervestiganda], han comprendido a todo este mundo [animado] por una sola mente [senserunt omnem hunc mundum mente] (Cicerón, De Re publica I, 56)

Los estoicos, como San Pablo, basan la ética en una distinción fundamental: Cicerón lo llamará *recte factum* como paso previo al *officium*; Séneca, empleará los términos “principios” –*decreta*– y “preceptos” –*praecepta*–. Los principios (a ellos dedica su Epístola 95) consisten en caer en la cuenta de lo que eres, de que eres parte de un todo; y los preceptos (Epístola 94) es cómo tienes que actuar luego, en concreto; pero “el cómo” es lo de menos en el sentido de que puede ser de un modo o de otro. Ejemplos de esta ética serían: antes de dar normas concretas o preceptos sobre el uso del dinero, conviene tener una adecuada concepción de qué es el dinero, qué es la riqueza y qué la pobreza, para qué sirven, sus peligros... (principios): sólo así, según las circunstancias, se actuará de un modo u otro. A un cobarde no le ayuda tanto decirle qué tiene que hacer, cuanto hacerle descubrir las razones de su miedo y ponerlas en su lugar.

Ya hemos mencionado antes que los estoicos hablan de la ley natural [la razón común (*koinón lógon*) o ley común (*koinón nómon*)], pero esta no es un conjunto de preceptos concretos de lo que hay que hacer; esta ley consiste en mantener el equilibrio que existe en el cosmos. La justicia, para Cicerón, se resume en dos principios fundamentales: 1) no dañar a nadie 2) buscar el interés común. Como parte de este mundo tienes que saber que tienes que contribuir a mantener el equilibrio del mundo, de la naturaleza, del Estado, de la familia; y si eres consciente de esto, ya descubrirás lo que tienes que hacer en concreto:

*Dañar a tu propia nación es un crimen; consecuentemente, también dañar a un ciudadano, puesto que es parte de la nación, y si veneramos el conjunto, también las partes son sagradas (sanctae partes sunt, si universum venerabile est); consecuentemente, dañar a cualquier ser humano es un crimen, puesto que es tu con-nacional en esta gran nación (res publica, [es decir, el universo]). ¿Qué pasaría si las manos desearan dañar a los pies, o los ojos a las manos? Así como los miembros del cuerpo están en armonía unos con otros porque el beneficio del conjunto depende de que los miembros individuales no reciban daño, también la humanidad debe cuidar al individuo, porque todos han nacido para una vida de compañerismo, y la sociedad sólo se conservará sin daño por la **protección y amor mutuo** de las partes (Séneca, Ira 2,31,6-8),*

*Al despuntar la aurora, hazte estas consideraciones previas: me encontraré con un indiscreto, un ingrato, un insolente, un mentiroso, un envidioso, un insociable. Todo eso les acontece por ignorancia de los bienes y de los males. Pero yo, que he observado que la naturaleza del bien es lo bello, y que la del mal es lo vergonzoso, y que **la naturaleza del pecador mismo es pariente de la mía, porque participa, no de la misma sangre o de la misma semilla, sino de la inteligencia y de una porción de la divinidad**, no puedo recibir daño de ninguno de ellos, pues ninguno me cubrirá de vergüenza; ni puedo enfadarme con mi pariente ni odiarle. Pues **hemos nacido para colaborar, al igual que los pies, las manos, los párpados, las hileras de dientes, superiores e inferiores. Obrar, pues, como adversarios los unos de los otros es contrario a la naturaleza. Y es actuar como adversario el hecho de manifestar indignación y repulsa.** (Marco Aurelio Meditaciones II, 1)*

Al igual que el niño, y también los animales, va creciendo en reconocimiento de lo que es suyo (comienza reconociendo su cuerpo como suyo, descubriendo sorprendido que las manos y los pies responden a su voluntad) y de adulto siente como parte de sí mismo (la *oikeiosis* griega, reconocer lo que es tu “hogar”) a aquellos a los que ama, incluso llegando a dar la vida por ellos (cosa en que no nos diferenciamos tanto de los animales), todo ser humano es invitado a crecer en ese reconocimiento de todo el universo como algo propio, como algo que le pertenece al tiempo que es pertenecido por él:

*Considera quién eres. Lo primero, hombre, esto es, quien nada tiene superior a su albedrío [o voluntad], sino todo lo demás sometido a éste, y éste, en cambio, no esclavizado ni sometido. Mira, pues, de quiénes te distingues por la razón (lógos). Te distingues de las fieras, te distingues de los ganados. Por encima de estos, **ciudadano (polítés) eres del mundo (cosmos) y parte (meros) del mismo**; no una entre las [partes] sirvientes, sino entre las principales; **capaz**, en efecto, de **comprender la divina economía y de deducir las consecuencias**. ¿Cuál es, pues, el oficio (eppangelia: voto; promesa; propósito, misión) de ciudadano? No tener ningún privativo interés [nada en provecho (symféron) de sí mismo], **no deliberar nada como un ser aparte**, mas como la mano o el pie si tuvieran razón (logismón) y comprendieran la disposición natural [la constitución de la naturaleza], los cuales jamás se movieran de otro modo o apetecieran, sino en relación con el todo. (Epicteto, Pláticas II,10,1-5)*

A mí esto me parece muy atractivo, porque tiene unas aplicaciones evidentes en la cultura moderna, en la cultura del Estado, en la política y en la “razón” ecológica. Ojalá hubiéramos aprendido hace cien años que somos parte de una naturaleza, que lo que hacemos repercute en ella, y que tenemos que pensar en esta naturaleza y en las generaciones futuras.

4. EL INDICATIVO PAULINO: LA IGLESIA COMO CUERPO DE CRISTO EN 1 COR 12

En esta carta, en la que comienza dando gracias a Dios por la multitud de carismas, de dones, que tiene esa comunidad, Pablo se enfrenta, sin embargo, a una situación compleja.

Comienza, como digo, reconociendo y agradeciendo que el Espíritu haya producido muchos carismas, muchos dones, pero, a continuación, ya en los primeros capítulos y luego en los capítulo 12-14, descubrimos que esos dones están provocando enfrentamientos disputas, discordias, divisiones. Es decir, hay muchos carismas, el don de profecía, el de lenguas -que es quizás el más complicado de entender hoy para nosotros-, el don de curaciones, el de enseñanza... hay multitud de dones, pero cuando se juntan a rezar, como dice Pablo, uno o una o varios empiezan a hablar en lenguas, otro sale con una profecía, hay quien empieza a cantar un salmo o una poesía... y aquello se convertía, según parece, en un pequeño “guirigay” donde nadie se entendía, todos querían intervenir, con lo cual no se aprovechaba nada, sino que se creaban divisiones.

A esto se une que la comunidad de Corinto es una comunidad compleja, formada por una mayoría de personas humildes, pero con una minoría de corintios poderosos y ricos; por ejemplo, en la carta a los Romanos, escrita en Corinto, uno de los que mandan saludos desde Corinto es un cristiano llamado Erasto, del cual Pablo dice que era el tesorero de la ciudad;

se trataba de uno de los hombres más ricos de aquella comunidad¹, en la cual había también esclavos, gente muy humilde, gente con estudios, con intereses filosóficos un poco elevados, gente más sencilla... Es una comunidad donde hay incluso temas de cierta inmoralidad... Uno de los problemas, volviendo a 12-14, es precisamente el causado por la falta de control y competencia entre los carismas, sobre todo durante la liturgia comunitaria.

Pablo va a enfrentarse a este tema y, en los capítulos 12-14 de Corintios, va a intentar sentar las bases de una concordia cristiana, de una paz cristiana. ¿Qué significa vivir en paz, vivir reconciliados, vivir en concordia, qué significa poner mis dones, mis carismas al servicio de la comunidad?

Del mismo modo como hablan los estoicos, Cicerón, Séneca... Pablo va a dedicar los capítulos 12 y 13 a hablar de "lo que somos"; intentará aclarar a los Corintios qué son, quiénes son. Gramaticalmente, en los capítulos 12-13 sólo encontramos un verbo en imperativo. Es muy significativo que en el capítulo 14 encontramos nada menos que catorce verbos en imperativo gramatical (a los que se podrían añadir otros con valor imperativo). Recordar lo que los cristianos son en 12-13 es necesario para ordenar o que se ha de hacer en el capítulo 14. El "qué tenéis que hacer", del capítulo 14, no se puede entender si primero no has aceptado, entendido, creído lo que eres. Básicamente, si no te entiendes a ti como miembro de un cuerpo, no podrás vivir realmente al servicio de ese cuerpo; siempre estarás diciendo que debes defenderte a ti mismo, proteger tu persona, lo tuyo, que quieres buscar tus propios intereses... de un modo o de otro, siempre estarás buscándote a ti mismo.

En teología y en ética paulina esto se suele conocer como la ética del indicativo-imperativo. La carta a los Corintios comienza diciendo: *Sois santos* –indicativo-, (o *santificados*) y añade después, *llamados a ser santos* (imperativo en forma perifrástica). Es la ética del indicativo-imperativo: Sed lo que ya sois; sois santos, tenéis que ser santos; estáis salvados, tenéis que luchar por vuestra salvación. *Sois un cuerpo unido por el amor, (12-13) vivid como un cuerpo (14)*

La ética del indicativo-imperativo refleja, como digo, un modo de pensar y de reflexionar que estaba presente en su mundo, en el estoicismo; que era la ética, la filosofía de mayor autoridad, más difundida, más enseñada en las escuelas de la época.

El Espíritu nos revela qué somos (1 Cor 12,1-3) Por ahí comienza Pablo: *Nadie puede decir Jesús es Señor si no es llevado por el Espíritu; es decir, no hay auténtica fe en Cristo si no te unes, si no recibes el Espíritu del Señor; no puedes ser parte de un cuerpo si no participas del Espíritu que une a este cuerpo. Aquí está la clave; no puedes creerte cristiano si no participas del Espíritu que nos une a la comunidad, a este cuerpo, a este conjunto humano llamado Iglesia, que está unido por el Espíritu.*

Pablo hace un pequeño juego y les dice a los Corintios: recordad que cuando erais paganos también teníais carismas, teníais dones espirituales... El tener ciertas experiencias que llamamos espirituales, el don de profecía, incluso hablar en lenguas, etc., no indica necesariamente que estés llevado por el Espíritu de Jesús, porque también los paganos, los no cristianos, tienen cosas similares. Solamente podemos decir que es el Espíritu de Jesús el que nos mueve cuando mi experiencia espiritual contribuye a configurar, conservar y hacer crecer este cuerpo al que pertenezco. Solamente puedo decir que es de Jesús, del Señor, aquello que nos construye como Iglesia. Por muy aparentemente espiritual, extraño, extraordinario, que sea, si no construye como Iglesia, si no crea armonía, paz, reconciliación,

¹ En Corinto, cerca del teatro, se ha descubierto una lápida donde se dice que un tal Erasto ha pagado con su propio dinero toda la pavimentación de una calle de la ciudad.

si no nos hace crecer como Iglesia –aunque también haya dificultades- entonces no es del Señor, es otra cosa.

El Espíritu nos dice lo que somos, es el que produce la unidad en la diversidad siempre para el “provecho” (1Cor 12,7), dice Pablo, quien emplea el término *symferon*, típico del estoicismo. El Espíritu da carismas, dones, para el “provecho” ¿de quién? ¿el provecho propio, de algunos, o el de todos? Curiosamente Pablo no dice “para el provecho de todos”, o “provecho común” o “provecho de la iglesia”, que es lo que nosotros como lectores esperaríamos. Dice simplemente “para el provecho”: Aquí está el truco, porque no hay alternativa, sino que es lo mismo; no hay provecho propio si no es provecho común, y no hay provecho común si no hay provecho propio. Pablo quiere hacerles caer en la cuenta de que somos un cuerpo y que de nada sirve que algo me aproveche si eso no es para provecho de todos. Pensar como cuerpo es pensar que lo que ayuda al conjunto ayuda a cada uno, que lo que le hace bien a la mano se lo hace al resto del cuerpo y que si algo le hace mal a la mano, le hace mal al resto del cuerpo, porque el bien de todos es también bien mío y el bien mío es bien de todos. Si todo el cuerpo no se beneficia, entonces también cada miembro saldrá a la larga perjudicado. Obviamente podríamos entrar en cuestiones particulares, pero no es este el momento: Pablo, como Cicerón o Séneca nos ha dado el principio [fundamental] de su ética eclesiológica.

En el capítulo 14 de Corintios, Pablo va a hacer la aplicación y les dirá que, por ejemplo, el carisma de lenguas es algo muy espectacular, muy bonito... si alguien empieza a hablar un lenguaje extraño, aunque no se sepa bien lo que dice, si a él le ayuda, le libera y le hace sentirse mejor, está muy bien, pero... eso le aprovecha solo a él, porque los demás no entienden lo que dice ni lo que está pasando, con lo que al conjunto, al cuerpo, le desorienta y daña. Por tanto, si te aprovecha solo a ti guárdatelo para ti, cuando estés en casa, pero cuando vengas a la comunidad, intenta buscar los carismas que ayudan a los demás porque, lo que es bueno para ti tiene que serlo también para los demás.

Pablo hablará de una serie de carismas –hay varias en estos capítulos- pero no esperen aquí un listado exhaustivo, porque Pablo está citando los que conoce de Corinto. Por eso no agota todos los carismas posibles en la Iglesia, ni todos los que aparecen ahí tienen que darse en una sola Iglesia porque él está aludiendo a los carismas concretos que se daban en esa comunidad. Ahora bien, de todos ellos, el que Pablo pone el último en todas las listas es precisamente el de lenguas, porque, a pesar de ser el que seguramente muchos Corintios apreciaban más por lo espectacular, llamativo..., eso aprovecha poco al cuerpo.

Pablo ofrece al menos siete listas de carismas en sus cartas auténticas. En ellas cita hasta veintitrés carismas con términos distintos, aunque algunos de ellos puedan referirse al mismo carisma. En estas listas, la profecía es el único de los carismas que Pablo incluye siempre (si entendemos que la revelación de 1Cor 14,26 es una revelación profética). No podemos en este marco detenernos en una explicación detallada de los carismas, sobre ellos he publicado recientemente un artículo, especialmente sobre el carisma profético, en el libro G. Uríbarri (ed.), *El Ser Sacerdotal*, Madrid 2010. Sólo les incluyo una lista de los carismas:

| | | | | | | |
|-----------------------------|------------|-------------|-----------------|----------|----------------|--------------------------------|
| 12,8-10 | 12,28 | 12,29 | 13,1-3 | 13,8-11 | 14,26 | Rm 12 |
| | apóstoles | apóstoles | | | | |
| profecía | profetas | profetas | profecía | profecía | revelación | profecía |
| | | | misterios | | | |
| discernimiento de espíritus | | | | | | |
| sabiduría | maestros | maestros | | | enseñanza | enseñanza |
| ciencia | | | ciencia | ciencia | | |
| | | | | | | exhortación |
| fe | | | fe | | | |
| curaciones | curaciones | curaciones | | | | |
| prodigios | prodigios | prodigios | | | | |
| | asistencia | | repartir bienes | | | repartir obras de misericordia |
| | | | | | salmo | |
| | | | entregarme | | | ¿diakonía? |
| | gobierno | | | | | ¿presidir? |
| lenguas | lenguas | lenguas | lenguas | lenguas | lenguas | |
| interpretación de lenguas | | interpretar | | | interpretación | |

Pablo dirá también: *Es un hecho que el cuerpo, siendo uno, tiene muchos miembros y a pesar de ser muchos, hay unidad* (1Cor 12,12). Esta imagen del capítulo 12 de Corintios es típica también, como hemos visto, de la literatura estoica. La unidad se realiza en la diversidad y la diversidad se realiza en la unidad, es decir, no hay unidad si no somos distintos; eso es muy interesante. Si todo el mundo fuera pie, todos seríamos grandes futbolistas pero nos faltarían otras cosas... necesitamos la diversidad, la riqueza de cada uno para generar unidad: *si todo el cuerpo fuera ojo ¿dónde quedaría el oído? Y si fuera todo oído ¿dónde el olfato? Si todo fuera un solo miembro ¿dónde quedaría el cuerpo?* (1Cor 12,17-18). Por tanto, no hay unidad si no hay diversidad; el cuerpo tiene que estar formado por miembros distintos, solo así puede funcionar como cuerpo; solamente si cada uno cumple una función y una función distinta puede ser un cuerpo; si no, es otra cosa.

Ahora bien, utilizando la imagen típica del estoicismo, si cada miembro no trabaja para el cuerpo al que pertenece, si cada uno va por su cuenta, tampoco hay unidad. No hay unidad sin diversidad, pero sin unidad la diversidad juega en contra y acaba dañándoles. Unidad y diversidad se necesitan, se implican mutuamente, las dos son necesarias.

Hay un pasaje del emperador Marco Aurelio, gran filósofo estoico que, hablando del cuerpo, dice así:

Como existen los miembros del cuerpo en los individuos, también los seres racionales han sido constituidos por este motivo para una idéntica colaboración, aunque seres diferentes. Y más se te ocurrirá este pensamiento si tú muchas veces, hombre -ser humano- hicieras esta reflexión contigo mismo: soy un “melos”, un miembro² de ese sistema constituido por seres racionales. Pero si dijeras que eres “meros” -parte³-, no

² Marco Aurelio, utiliza la palabra **melos**, que en griego significa **miembro** y que también se utiliza para “nota musical”; de ahí, melómano, melodía, música, melismas, etc) Es decir, en este caso sería: eres un miembro vivo, eres una nota o un acorde musical de una sinfonía

³ Aquí el juego de palabras es que Marco Aurelio, con ese cambio de letra: **l por r**, emplea la palabra **meros**, que en griego significa **parte**.

amas todavía de corazón a los hombres, todavía no te alegras íntegramente de hacerle favores; más aún, si lo haces simplemente como un deber, significa que todavía no comprendes que te haces un bien a ti mismo.

Qué cerca está Marco Aurelio (121-180 d.C.) –que es, más o menos- un siglo posterior a S. Pablo- de lo que éste dice en 1 Cor 12. No somos simplemente una parte, un trocito, del cuerpo sino que somos una nota de una sinfonía, somos un miembro vivo, somos necesarios –con nuestra riqueza personal, con nuestra originalidad, con lo que cada uno tiene- para que el conjunto suene acorde, melódicamente, para formar esa sinfonía. No puedes creer que eres solo una parte que estás ahí pasiva como una piedra (1Pe 2,5 hablará de *piedras vivas* que formamos la Iglesia, donde el énfasis está en el adjetivo); eres una parte activa como miembro de este cuerpo. Pablo dice que somos miembros vivos, miembros activos, cada uno con nuestro don, el que cada uno tiene en este cuerpo. Por eso afirma también que *a cada uno el Espíritu le da un carisma*, y utiliza para ello una expresión distributiva, que significa que a cada miembro del cuerpo, a cada creyente se le da el carisma que le sea propio; sencillo, menos sencillo...

El miembro es siempre miembro, aunque no quiera serlo, aunque no lo reconozca (1Cor 12,15-16: *Si dijera el pie: «Puesto que no soy mano, yo no soy del cuerpo» ¿dejaría de ser parte del cuerpo por eso? Y si el oído dijera: «Puesto que no soy ojo, no soy del cuerpo» ¿dejaría de ser parte del cuerpo por eso?*) y, como dicen Marco Aurelio y Pablo, si te alejas del cuerpo, dejas de tener sentido. Si te aíslas de ese cuerpo, entonces dejas de recibir de él la vida, porque lo que le das al cuerpo, eso te vuelve; todo lo que un miembro hace por ese cuerpo repercute también en beneficio del mismo miembro; se da una reciprocidad que nos hace vivir.

Un aspecto muy importante: vamos a ver la subversión de la imagen del cuerpo en Pablo. En el texto que leí de Menenio Agripa y en otros autores como Séneca sobre Nerón, por ejemplo, la imagen del cuerpo viene a justificar, no siempre pero frecuentemente, la desigualdad social; se usa esta imagen para defender que unos ocupen puestos superiores a otros, más cómodos... para justificar la riqueza frente a la pobreza, que unos sean esclavos y otros libres, para legitimar que ciertos miembros sean más importantes que otros; por ejemplo se habla de la cabeza, los ojos, los oídos, la boca como las partes nobles o superiores, que requieren más honor público, más privilegios, etc.

Pablo hace una inversión radical de valores en la imagen de cuerpo que leemos en 1Cor 12, cuando dice:

Y a los [miembros] que nos parecen los más viles del cuerpo, los rodeamos de mayor honor. Así a nuestras partes deshonestas las vestimos con mayor honestidad. Pues nuestras partes honestas no lo necesitan. Dios ha formado el cuerpo dando más honor a los miembros que carecían de él, para que no hubiera división alguna en el cuerpo, sino que todos los miembros se preocuparan lo mismo los unos de los otros. (1Cor 12,23-25)

A aquellos miembros de menos categoría los revestimos de más honor. Es una inversión radical de las categorías del mundo clásico en el que lo habitual era que, a los miembros teóricamente de más categoría, más nobles, se les dieran más honores.

Pablo dice que, en la comunidad cristiana, *a esos miembros que habitualmente se consideran de menos categoría, a esos que son más humildes...* -la metáfora parece tomar la imagen de las partes bajas del ser humano- *los vestimos con más cuidado.* Igual tiene que ser

en la Iglesia; ¿quiénes son, en ella, los más importantes, a quiénes hay que vestir mejor, en el sentido de cuidar y atender mejor, escuchar y consolar, preocuparse más de ellos? Son aquellos más humildes, los más sencillos. Tenemos aquí una subversión radical de la imagen clásica del cuerpo, porque estamos ante el Pablo escatológico. Aquellos menos importantes, los pobres, serán *bienaventurados porque de ellos es el reino de los Cielos*, no sólo en el futuro: lo que será un día futuro debe comenzar a vivirse ya en el presente de la Iglesia, eso es ser una comunidad escatológica.

Pablo no cita las bienaventuranzas pero es lo que está detrás, porque él está diciendo que, en la comunidad creyente, en la microcomunidad de Corinto, o en la gran comunidad que es la Iglesia universal, aquellos que han de recibir mayores honores -en el sentido de más cuidados, más atención, más preocupación- son los miembros del cuerpo más sencillos, los más humildes. No se trata de una inversión litúrgica como, por ejemplo, en las fiestas *Saturnalia*, en Roma, en las que, por un día, los esclavos se convertían en señores y mandaban en la casa; o en otras fiestas de este tipo como la de algunos pueblos de España en los que, por un día mandan las mujeres... En la comunidad creyente, en la Iglesia, no se trata de que por un día manden los de abajo, sino que lo habitual sea que aquellas personas más humildes, aquellos carismas más sencillos sean los que reciban más atención.

Pablo invitará también a alegrarse con... lo que llamaríamos la **simpatía** cristiana; a tener presente que lo que a otro le pasa me pasa a mí también: *Si sufre un miembro, todos los demás sufren con él. Si un miembro es honrado, todos los demás toman parte en su gozo* (1Cor 12,26). Al final de la carta a los Gálatas Pablo dice que *hay que considerar como propias las cargas de los demás* (Gal 6,2), incluso las debilidades de los otros porque la debilidad del hermano es también mi debilidad. Tengo que acostumbrarme a pensar como cuerpo, a no escandalizarme del pecado de mis hermanos, de sus debilidades; tengo que considerar que también sus debilidades son las mías, porque somos miembros del mismo cuerpo. Como cuerpo tengo que aprender a cargar con ellos, a vivir con eso también, a padecer con otros.

Esta subversión de valores se fundamenta en los capítulos 1 a 4 de la primera carta a los Corintios, en lo que Pablo llamaba *el escándalo de la cruz*, que consiste precisamente en darse cuenta de que lo que para el mundo es escándalo o es locura, para la comunidad creyente es su salvación, justificación, liberación. Pablo habla incluso de los apóstoles como lo despreciado o “deshecho” (1Cor 4,13), de esos apóstoles que están viviendo como los perseguidos del mundo, como parte de esta inversión de valores propia del cristianismo, *el escándalo de la cruz*. Lo importante es que Pablo, en 1 Cor 2,16, dirá que *a nosotros se nos ha dado la nous, la mente, de Cristo*; es decir, a nosotros el espíritu nos da esta mente de Cristo que nos hace vivir como miembros de un cuerpo, que nos hace sentirnos miembros de Cristo.

Como he dicho antes, los estoicos hablan de Dios como *nous* que organiza el mundo, y aquí nos encontramos de nuevo con el Pablo que está utilizando el lenguaje estoico; es un lenguaje extraño y hay incluso quien opina que no es de Pablo.

Si nos preguntamos qué es en concreto la *nous* o “mente” de Cristo, quizás podamos hallarla en el “himno” o encomio a la caridad de 1Cor 13. Ahí Pablo desarrolla qué significa tener la mente de Jesús. Si quitan de ese texto la palabra *agape* –amor- y ponen la palabra *Cristo* verán que el texto funciona perfectamente: *Cristo es paciente, es servicial, no lleva cuentas del mal*, etc. *Si no tengo a Cristo no tengo nada. Ya puedo tener todo tipo de carismas, de beneficios espirituales* -como de hecho tenían los Corintios-, *puedo hablar las*

lenguas de los hombres y de los ángeles, puedo tener el don de profecía y saber los misterios, puedo hacer cosas muy buenas, pero si no lo hago desde la mente de Cristo no soy nada.

Significa esto que si no lo hago como miembro del cuerpo de Cristo, si esos dones no los pongo al servicio de este cuerpo al que pertenezco, si no lo construyen, no soy nada porque estoy destruyendo el cuerpo al que pertenezco; al final me creeré que he hecho mucho, pero en realidad me he servido del cuerpo del cual vivo sin beneficiarle, sin cuidarle; y si mi cuerpo muere, el miembro de ese cuerpo que soy yo acabaré también pereciendo conjuntamente.

El himno a la caridad a veces parece difícil de entender, y surge la pregunta: ¿cómo que no soy nada si doy mis bienes a los pobres, si tengo todo tipo de dones de profecía, de lenguas...? Pero desde aquí se entiende: si mis dones no crean cuerpo, no enriquecen el cuerpo, no alimentan el cuerpo al que pertenezco, al final este cuerpo va a morir y yo, como miembro del cuerpo, muero también. La mano puede ser muy fuerte, y el brazo fortísimo pero, si descuido el resto del cuerpo y éste enferma, al final esa mano y ese brazo tan fuertes se derrumbarán con el resto del cuerpo. Se pueden tomar todo tipo de proteínas y fortalecer mucho los músculos, pero si están arruinando el hígado o el páncreas el resultado es que se acaba enfermando y dañando todo el cuerpo. Es decir, de nada sirve que un miembro se fortalezca mucho y tenga muchos carismas, muchos dones y se crea muy importante si no está construyendo, nutriendo al cuerpo al que pertenece; *Ya puedo hacer muchas cosas... no soy nada.*

Pablo concluye el encomio de la caridad precisamente con esa fórmula tan bonita: *Ahora conozco parcialmente, como un niño pequeño, como en un espejo... pero algún día conoceré como soy conocido.* Es decir, ahora sí me doy cuenta de esta realidad, pero de modo parcial; me cuesta entender y vivir que soy parte de una unidad mayor que yo mismo, porque uno siempre tiende a verse como un individuo... pero algún día, probablemente en la escatología, veré en plenitud este misterio del cuerpo al que pertenezco. Un día descubriremos la profundidad y la radicalidad de esto que decimos que creemos y que somos: *un único cuerpo en Cristo, al cual -dice Pablo- nos hemos incorporado por medio del bautismo (1 Cor 12,13).* Algún día conoceré este misterio en profundidad como soy conocido. Hoy nos queda crecer, un poco como proponían los estoicos, en esa conciencia y práctica de ser cuerpo.

Por último, si alguien quiere ver otra descripción de en qué consiste esta *mente* de Cristo, puede leer el *Himno de Filipenses*, donde se encuentra a este Cristo que, de ser como Dios, de vivir junto con Dios, se encarnó, se hizo esclavo, y se rebajó hasta la muerte, y una muerte de cruz. Un proceso de encarnación, humillación personal, que es lo contrario -dicen algunos autores- al *Cursus Honorum* romano. Los romanos vivían para ir ascendiendo en la escala social y política, para ir conquistando cada vez mejores puestos. Cristo, que empezó desde lo más alto, como el Señor, realizó un *cursus* de humillación, de humildad, de ir rebajándose hasta llegar a lo más bajo; pero ahí es donde Dios dijo, *Éste es mi hijo*, así es como quiero que se viva, entregando la vida por los demás como parte de este cuerpo.

Pablo en la primera carta a los Corintios -también en la carta a los Romanos emplea la imagen- habla de la Iglesia como *Cuerpo de Cristo*. Somos un cuerpo que pertenecemos a Cristo, que por el bautismo nos hacemos uno, que, gracias al Espíritu, vivimos como cuerpo unificado... Las cartas deuteropaulinas incorporaron un elemento que no está en las cartas que llamamos auténticas de Pablo, la idea de que *Cristo es la cabeza del Cuerpo*. ¿Qué significa esto en Efesios y colosenses?

- En primer lugar, del mismo modo que una cabeza no se puede separar del cuerpo sin que el cuerpo muera, la Iglesia no puede separarse de Cristo que es su cabeza. La cabeza es la parte humana más importante, sin la cual no puede vivir; al cuerpo se le podía (en tiempos de san Pablo) cortar una mano, una pierna, se pueden hoy trasplantar ciertos miembros... pero lo único que no se puede quitar de un cuerpo, lo único que no se puede trasplantar (al menos hoy en día), es la cabeza.

- En segundo lugar, la Iglesia tiene a Cristo como el que la unifica; en ese sentido es cabeza. Cabeza en griego significa fuente, origen, la cabeza de un río... La Iglesia nace de Cristo, brota de Cristo y en Cristo encuentra su unidad; todo lo mueve a la Iglesia, brota de Cristo que es la cabeza, fuente de la unidad.

- En tercer lugar, la cabeza es gobierno, es la que dirige el cuerpo; Cristo, la cabeza, es el que gobierna este cuerpo. Esto no estaba presente en el mundo antiguo tan claramente al emplear el término *kefalé* (cabeza) pero parece que en Efesios y Colosenses sí lo está.

- En cuarto lugar, en Efesios y Colosenses hay un sentido escatológico: nuestra cabeza ya ha entrado en el reino de Dios. Cristo ya ha resucitado, ya hemos entrado. Cuando los niños nacen, normalmente lo primero que sale es la cabeza; nuestra cabeza, que es Cristo, ya ha salido a la vida de Dios, ya está resucitado. Y si la cabeza ya está, el resto del cuerpo viene detrás sin mayor dificultad.

El que Cristo haya resucitado nos asegura que el resto de la Iglesia, que está unida a esta cabeza y no se puede separar, va detrás de él hasta el punto que, como les decía al principio, la carta a los Efesios (cap. 2,6) dice que *nos resucitó y nos sentó con él en el cielo*. Es la única vez en el Nuevo Testamento en que se afirma que la Iglesia ya está resucitada y sentada con Cristo en el cielo. Ya está porque la cabeza está; ya está con Cristo como cabeza porque no se puede separar; en Cristo ya está resucitada y sentada con él en el cielo. Hay una vinculación tierra-cielo y presente-futuro, presente-escatología, muy fuerte. La Iglesia vive escatológicamente con una cabeza ya en lo que es definitivo, en la salvación última.

Lo dejamos aquí para dar paso a las preguntas. Muchas gracias.

DIÁLOGO

P. *¿Podría explicarnos en qué consistiría el don de lenguas un poco enigmático para nosotros y qué semejanzas tendríamos hoy de este carisma en nuestras comunidades?*

R. Del don de lenguas es poco lo que se puede decir en concreto porque Pablo solo lo menciona en la carta a los Corintios. Una cosa muy importante es que añade Pablo: “ojo, que yo hablo lenguas más que ninguno de vosotros” (1Cor 14,18), lo cual quiere decir que no es algo prohibido, ni mucho menos es un don de unos locos... sino que Pablo tenía lo que él llama don de lenguas en un grado superior a ningún otro corintio; esto hay que valorarlo porque Pablo no lo niega, ni dice que sea malo, sino que, como él dice, frecuentemente eso no ayuda a la comunidad porque no se entiende.

Se trata de don de lenguas, pero no es el don de lo que entendemos vulgarmente por Pentecostés, es decir, la capacidad para hablar otras lenguas extranjeras. El don de lenguas, no es que yo, por ciencia infusa de repente me pongo a hablar en chino... En los carismáticos, protestantes norteamericanos, había una familia del siglo XIX, que estaba convencida de que tenían el don de lenguas porque hablaban algo que ellos decían que era chino, y la familia entera se fue a China porque estaban convencidos de que Dios les había predestinado para ir de misioneros a China... su sorpresa es que cuando llegaron a China, nadie entendía lo que decían.

El don de lenguas en Pablo es que las personas, en el contexto de oración, se sentían movidas por un espíritu que les llevaba a proferir una emisión lingüística que los demás no entienden y que no es ninguna lengua extranjera; en concreto quizás eran gritos, susurros guturales, palabras sin sentido... no sabemos. La cuestión es la interpretación de esto; en 1Corintios, 13, Pablo dice *si hablo las lenguas de los hombres o de los ángeles...* Este *de los ángeles* pude indicar que los Corintios pensaban que ese lenguaje que el espíritu les provocaba era el lenguaje que se hablaba en el cielo; esto no es tan extraño porque en toda la mística judía –ya en Qumran se encuentra- se supone que el que reza se une al cántico de los ángeles que están adorando y alabando a Dios en el cielo. De hecho, nosotros en la eucaristía decimos, *junto con los santos y los ángeles, te cantamos...* Los Corintios debían de pensar que no solamente se unían a los ángeles, sino que Dios les daba el don de hablar en la misma lengua que utilizan los seres celestiales para cantar y alabar a Dios. Esto se puede confirmar porque, en el **Testamento de Job**, un apócrifo judío del siglo I -antes o después de Cristo, no está clara la datación- se cuenta que Job les dice a sus hijas que no les puede dar más herencia porque se la ha dado toda a sus hermanos, pero que les dará unos cinturones mágicos que cuando se los pongan hablarán las lenguas de los ángeles. Las chicas se ponen los cinturones y empiezan a hablar en lenguas de ángeles...

Todo esto apunta a que los corintios interpretaban que ese lenguaje extraño que les venía a la boca era el de los ángeles. Hay quien dice que, psicológicamente, hay una experiencia espiritual que te provoca una efusión de sentimiento que, así como hay personas a las que eso les lleva a las lágrimas u otro tipo de experiencias espirituales físicas - lo espiritual se transforma muchas veces en físico- en los Corintios esa experiencia espiritual se transformaba en experiencia lingüística; es decir necesitas expresar eso que sientes y no tienes palabras para expresarlo, por eso lo haces con un lenguaje ininteligible.

Es imposible decir si esa experiencia que hoy ocurre en comunidades carismáticas, católicas, protestantes o de otro tipo, es idéntica a lo que ocurría en las de Pablo, porque además, si uno visita distintas comunidades carismáticas, ve que es muy distinto: en unas el

don de lenguas son unos gritos extraños que, más que ayudar asustan; en otras son cánticos más armoniosos; en otros lugares las personas se unen unas a otras en esa especie de don de lenguas... Es decir el fenómeno de lenguas actual no es nada unitario y no podemos decir ni asegurar que sea lo mismo que ocurría en Corintio, aunque probablemente no sería muy distinto. El problema de las comunidades carismáticas actualmente es que, con frecuencia son dones inducidos, a través de muchas horas de oración, del cansancio, del contagio de otros, que unos empiezan y otros siguen... hay mucho de prestigio comunitario, cosa que probablemente ocurría en Corinto. Si se supone que la persona espiritual tiene que hablar en lenguas, es fácil que haya gente que se anime a hablar en lenguas, porque aquí nadie quiere quedar detrás, ser el último; estas cosas influyen a veces y ocurre en los grupos humanos.

P. *La imagen de la Iglesia como Cuerpo ¿se podría aplicar o extender a toda la humanidad?*

R. Hemos leído hoy diversos textos de filósofos antiguos que hablaban de esto. Pablo recoge la misma imagen para hacernos ver que nuestra sociedad, Iglesia, es un microcosmos y como tal, es un cuerpo unificado por el espíritu, orientado además hacia la escatología. Si entiendo bien su pregunta, esto ¿cómo casa con la conciencia actual de que somos una humanidad, una sociedad comunitaria, de que la Iglesia no es un ente aislado y aparte de nuestro mundo, sino que es parte del mismo?

Pablo, a unos que se definen como ciudadanos del Imperio, intenta decirles que son ciudadanos de este mundo, ciudadanos del cielo. En la carta a los Filipenses 3,20 dice: nuestro estado, nuestro *políteuma* está en el cielo –los romanos dirían nuestra res-publica, nuestro bien común, que será la expresión que utilizan los estoicos-. Es decir, Pablo quiere crear la identidad cristiana en creyentes recién convertidos, que están muy necesitados de ella; por eso tiene que insistir mucho en ella.

Hoy quizás estamos también en un momento en que la Iglesia, los cristianos, tenemos una identidad débil; por tanto también se necesita renovar nuestra conciencia (mente, actitud) de ser Cuerpo, pero hay que recrearlo bien, no basta con que seamos Iglesia, hay que tomar en serio lo que dice Pablo: *somos miembros vivos, activos*.

Ahora bien, solo se recrea este cuerpo, esta identidad, cuando realmente se escucha a las partes. Nos pueden insistir mucho en que tenemos que hacer Iglesia, que tenemos que sentirnos Iglesia, pero eso no se logra solo a base de leer los documentos que emanan de arriba; también se hace Iglesia y se crea Cuerpo cuando se escucha al Cuerpo, cuando éste participa, cuando los Sínodos recogen lo que la Iglesia, desde sus miembros más sencillos, sienten, opinan, preguntan, buscan, creen. Cuando unos nos escuchamos a los otros, entonces nos sentimos más fácilmente cuerpo; cuando colaboramos, entonces el cuerpo vive gracias a la riqueza de sus miembros.

¿Cómo ampliar este círculo? Obviamente la Iglesia no puede quedarse en ser solo Iglesia, tiene que ser Iglesia en el mundo... Ahí tenemos el Vaticano II, *los gozos y esperanzas del mundo*, el maravilloso y solemne, sublime comienzo de *Gaudium et Spes*... tenemos que sentirnos parte de una única humanidad, un único mundo, una naturaleza etc.

El mundo estoico hablaba de los círculos concéntricos, círculos de identidad de pertenencia, es decir, tú eres ciudadano, eres miembro de una familia, ciudadano del Estado, ciudadano del mundo... pues nosotros somos miembros de parroquias, institutos religiosos, diócesis, países, de la Iglesia universal, y somos ciudadanos del mundo también, y en ese sentido no nos podemos quedar aislados, sino que tenemos que ser, como decía

Pablo, en otra imagen eclesial suya, muy bonita: templo de Dios en Corinto, es decir, sois presencia de Dios, pero en la ciudad. No tenéis iglesia, templo, -no tenían una iglesia, se reunían en las casas- pero vuestra comunidad es la presencia de Dios, quien os vea a vosotros tiene que ver la presencia de Dios en medio de la ciudad.

En esa línea iría yo, en ese ser templo, ser presencia de Dios allí donde nos encontremos, en el mundo en que estamos.